

ACERCA DE VOGT EN LOS ALTOS DE CHIAPAS Y OTRAS ETNOGRAFÍAS

Cuando Julian Steward llegó al *Bureau of American Ethnology*, dependiente de la Smithsonian Institution, en los años cuarenta del siglo XX, se encontró con que existía un gran interés en el seno del mismo para que fueran llevados a cabo estudios en sociedades rurales, y especialmente en aquellas cuyo conocimiento resultaba útil a los Estados Unidos. Complementariamente, se encontró con apoyo y financiación para realizar tales investigaciones, tanto en el Caribe como en Centroamérica, Brasil y los Andes. El propio Steward llevó a cabo estudios en Puerto Rico entre 1946 y 1950, pero, al mismo tiempo, fue muy consciente de la importancia que tenía el estudio de las sociedades rurales de otras partes de América, e incluso de Asia y África. Sin embargo, también supo que, por encima de todas estas sociedades, las miras de la Smithsonian Institution estaban puestas en Latinoamérica, con una especial predilección por México, convertido en el laboratorio por excelencia de las ciencias sociales norteamericanas. Las sociedades tradicionales de México y Centroamérica resultaron de interés preferente para todos los científicos sociales, y más aún para los antropólogos. Entre estos investigadores estaba el propio Steward, pero también se hallaba Sol Tax, y otros muchos, como Robert Redfield, que se habían iniciado en el estudio de las sociedades tradicionales de México y Centroamérica tiempo atrás. A propósito, Tax tenía gran interés en hacer lo más efectiva posible la comparación intercultural, de cuya filosofía participaba también Steward, al objeto de establecer regularidades sobre los procesos de cambio en el seno de las denominadas por ellos con el nombre de «sociedades campesinas».

Es importante recordar que Sol Tax realizó sus estudios doctorales en el área maya, concretamente en Guatemala, dirigido por Radcliffe-Brown, lo cual le convirtió en uno de los pioneros de la investigación en esta parte de América, a cuya zaga se forjaron las carreras de numerosos antropólogos norteamericanos y mexicanos, un tanto persuadidos, en los años cincuenta y sesenta, por el espíritu del funcionalismo. Era el momento en el cual persistían los debates entre sustantivistas y formalistas, hoy definitivamente superados. Pues bien, Tax se decantó muy pronto por el formalismo a partir de sus investigaciones guatemaltecas, dando pábulo teórico a los antropólogos de la época y a las generaciones siguientes. No en vano, Tax dirigirá las tesis doctorales de un sobresaliente puñado de antropólogos mexicanos, entre los cuales estaban Fernando Cámara, Calixta Guiteras y Ricardo Pozas, los cuales se convirtieron en

referencia de la antropología moderna orientada al estudio del área maya.

En este espacio de investigación de México y Centroamérica, en los años centrales del siglo XX se probaban teorías relativas a la ecología cultural, al culturalismo y al funcionalismo, entre otras. También se investigaban los riesgos de las economías campesinas sometidas a los mercados externos, en un momento en el que los pequeños mercados locales estaban siendo trascendidos por las nuevas formas de entender la distribución de las mercancías y el consumo de los campesinos. La Smithsonian Institution contaba con fondos muy abundantes para acometer todo tipo de estudios en las sociedades tradicionales de Latinoamérica. Los doctandos se integraban en los diferentes equipos de investigación, en los que permanecían durante el tiempo necesario para la realización de la tesis doctoral, y no fueron pocos los que hicieron de las sociedades latinoamericanas el objetivo duradero de sus estudios. El valioso estudio de Boehm (2005: 70) examina las muchas razones que concurrieron para que México y Centroamérica fueran espacios de investigación preferente. En este sentido, no hay duda de que México presentaba una estratificación étnica muy acusada, que permitía analizar su génesis y su constitución jerarquizada, aunque el hecho de tratarse de un territorio fronterizo con los Estados Unidos también debió ser un factor decisivo a la hora de convertir a México en ese laboratorio de la antropología norteamericana.

Por otro lado, México se hallaba en ebullición política casi desde la independencia, pero la revolución de 1910, todavía muy cercana a mediados del siglo XX, había introducido un factor de conflicto que era preciso conocer, particularmente sabiendo que aquella revolución, o como queramos denominarla, constituía la viva expresión de una lucha campesina que no era ajena al resto de las sociedades latinoamericanas. A su vez, la lucha campesina era la expresión de poderosas desigualdades sociales alimentadas por la acusada estratificación social que se acaba de poner de manifiesto. En definitiva, todo ello nos permite comprender la tensión ideológica que la investigación de las sociedades mexicanas generó en la antropología norteamericana, especialmente considerando las interpretaciones que se hacían de la reforma agraria y la institucionalización de los movimientos indigenistas. México se convirtió así en el epicentro de los estudios enfocados al *desarrollo de comunidades* en un ámbito geográfico que coincidía plenamente con el trazado realizado en su día por Paul Kirchhoff (1943), es decir, de ese vasto territorio que se extiende entre el sur del río Bravo hasta Panamá.

Transcurrida la Segunda Guerra Mundial, tanto la Smithsonian Institution como otras fundaciones norteamericanas, tales como la

Rockefeller Foundation, incrementaron considerablemente los fondos destinados al área centroamericana, permitiendo que se acrecentara el número de sus técnicos y también el de investigadores y estudiantes. Ciertamente, en el fondo de la curiosidad científica se hallaba también un interés inusitado por incrementar la presencia del gobierno norteamericano en la región, lo cual explica que este último se sirviera de estrategias altruistas, como las del reparto generalizado de alimentos, que se alternaban con otras orientadas a generar una progresiva dependencia tecnológica y cultural. En este contexto, se entiende la importancia que adquirirá la antropología aplicada destinada a promover el desarrollo rural, la sanidad, la alfabetización, y, en suma, todo aquello que se pudiera traducir en lo que entonces se entendía como la necesaria modernización de unas sociedades latinoamericanas que, de acuerdo con la perspectiva dominante en la época, eran percibidas como atrasadas.

Sin embargo, en este mismo contexto, algunos antropólogos, y E. Wolf constituye un buen ejemplo, pondrán énfasis en una crítica inusitada del capitalismo envolvente que amenazaba con engullir las sociedades campesinas, promoviendo la idea de que eran posibles otras antropologías aplicadas que corrigieran los excesos y promovieran una comprensión más humana de estas sociedades. La antropología estaba desplegando proyectos de investigación que resultarían decisivos para el desarrollo de la disciplina y, simultáneamente, estaba viviendo una efervescencia muy profunda, en la que se veían involucradas las posiciones ideológicas de los antropólogos, pero también los aspectos teóricos y metodológicos de la ciencia que cultivaban. Las posiciones más conservadoras de la antropología se veían confrontadas con una antropología marxista que, particularmente en México, iba a adquirir un extraordinario predicamento en las décadas centrales del siglo XX.

Precisamente, en los años cincuenta se inician dos importantes proyectos de la antropología norteamericana en Chiapas, en el sur de México, en un área en la cual la antropología norteamericana, e incluso la mexicana, había realizado distintas incursiones investigadoras. Realmente, fueron proyectos multidisciplinarios y muy ambiciosos, liderados por la antropología norteamericana de la época, en un momento en el cual la disciplina se estaba cuarteando, debido a que se estaban poniendo en duda muchos aspectos teóricos y metodológicos, que hasta entonces había resultado inamovibles. Las sociedades llamadas «primitivas» habían sido sustituidas paulatinamente por las campesinas, y el trabajo de campo que había engrandecido a la disciplina, solitario y un tanto romántico, tal como fue concebido por el funcionalismo y el relativismo cultural, estaba siendo sometido a una crítica devastadora. En este contexto, fue-

ron dos los proyectos que se desarrollaron en el área maya de México, y más concretamente en el campo de las culturas *tzeltal* y *tzotzil*, en el Estado de Chiapas. El primero de ellos fue el Proyecto *Man in Nature*, que se desarrolló entre 1956 y 1959, patrocinado por el Institute of Mental Health, tratando de conjugar una diversidad de investigaciones, entre las que estaban las propias de la antropología social, la lingüística, la geografía, la arqueología e incluso de la botánica y la geología, con preferencia de las dos primeras, tratando de alcanzar una suerte de unidad de conocimiento que permitiera entender mejor la vida de estas comunidades mayas del sur mexicano.

Man in Nature había nacido bajo la dirección de Sol Tax, uno de los mejores conocedores del área maya en la época, pero en el mismo también estuvieron presentes otros excelentes antropólogos que realizaron un ingente trabajo de campo en el Sur de México y en el área centroamericana en general. Fue el caso de Robert Adams y del geógrafo Philip Wagner y de otros, profesores todos ellos de la Universidad de Chicago, y concretamente de su Departamento de Antropología, que, ya por entonces, y desde hacía algún tiempo, juntamente con el de Columbia, el de Berkeley y el de Harvard, entre otros, eran referentes de la ciencia antropológica. En aquella época, los Altos de Chiapas habían sido convertidos en una especie de laboratorio de las ciencias sociales, y singularmente de la antropología, lo cual explica que fueran numerosos los proyectos de las importantes fundaciones y universidades norteamericanas que trataron de ahondar en el conocimiento de las culturas indígenas que se ubicaban allí, por vía de intensos trabajos de campo. No obstante, si el objeto teórico era importante, la búsqueda innovadora de herramientas metodológicas era tanto o más prioritario para este grupo de profesores de la Universidad de Chicago. Este hecho explica que, en una primera fase, los investigadores eligieran como tema uno tan propio de la época como era el relativo a los procesos de cambio, en una secuencia temporal amplia, experimentados por estas poblaciones.

El proyecto *Man in Nature* del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago involucró a numerosos investigadores, entre los que estuvieron también el lingüista Norman McQuown y el antropólogo social Julian Pitt-Rivers. Este último era ya por entonces un conocido especialista en el estudio de las sociedades rurales del Mediterráneo español. Ellos fueron, precisamente, los responsables de la segunda fase del proyecto, a partir de 1961, financiado por la US National Science Foundation, que le tomaba el relevo al patrocinador anterior. Tanto en una fase como en la otra se le concedió una gran importancia a la evolución del lenguaje en el contexto de la interacción, mediada por la estrati-

ficación social, que se había producido entre indígenas y mestizos ladinos, hispanizados en distintos grados. Hay algo que tiene gran importancia en este proyecto, y es no solo la interdisciplinariedad, sino el avance que se produce en la antropología social como resultado de la incorporación del estudio de los textos históricos de la colonización que se guardaban en los archivos, y a los cuales la antropología no había prestado interés en el pasado, quizá por su inclinación hacia metodologías heredadas del objeto de estudio representado por las sociedades ágrafas. Al tratarse de poblaciones *con historia*, se toma en consideración la importancia de la información diacrónica, prestándole gran atención a los documentos que se guardaban en los archivos coloniales.

Sin embargo, este proyecto tuvo mucha más relevancia de la que se podría suponer, a pesar de que no fue fértil en publicaciones. *Man in Nature* se convirtió en un referente que estimuló otros proyectos, en ese marco representado por el laboratorio de la antropología norteamericana. Uno de estos fue otro proyecto, mucho más productivo desde el punto de vista científico, cuya denominación fue *Harvard Chiapas Project*, del cual, en más de una ocasión, se ha dicho que fue el más grande de los proyectos llevados a cabo por la antropología norteamericana, tanto por su intensidad como por su duración. Uno de sus apologistas más conocido fue G. Foster, consumado estudioso de las culturas del ámbito que podemos llamar hispánico. Concretamente, el *Harvard Chiapas Project* nació en 1957, ligado a la Universidad que le da nombre, y se inicia muy poco después que el anterior, a la zaga del mismo, también en el área maya y, asimismo en Chiapas, e, igualmente, ligado a las poblaciones *tzeltales* y *tzotziles*, lo cual emparenta a ambos desde muchos puntos de vista. El director del mismo sería Evon Vogt, que, a pesar de su juventud, era un curtido investigador, que, ya por entonces, había colaborado con W. Lloyd Warner y con C. Kluckhohn. Fue, justamente, la relación con este último la que le espoleó a llevar a cabo la investigación en el área maya, unido al hecho de que este ilustre antropólogo norteamericano había nacido en Nuevo México.

Fue un proyecto que, originariamente, surgió, al igual que otros muchos en Latinoamérica, a impulso de la antropología aplicada. Por aquella época se consideraba imprescindible identificar a los agentes del cambio social, con las miras puestas en la modernización de las sociedades latinoamericanas, y con el ánimo de demostrar que el paso de las sociedades indígenas a las campesinas que se estaba produciendo en muchas partes no era tan automático como se suponía, sino que, antes bien, las sociedades se transformaban al tiempo que conservaban las peculiaridades culturales previas. Vogt y su equipo llevaron a cabo una potente investigación longitudinal en las tierras chiapanecas, a lo largo de un cuar-

to de siglo, hasta comienzos de los años ochenta, lo cual diferencia a este proyecto de la mayor parte de los anteriores y los posteriores.

Si Foster se admiró en más de una ocasión de la magnitud de este proyecto, con tanto o mayor énfasis lo ha hecho Leif Korsbaek, cuando se refiere a lo que él denomina «la industrialización de la antropología en Chiapas», en alusión al alto número de proyectos que se han gestado a propósito de las culturas chiapanecas, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. Pues bien, cuando alude al *Harvard Chiapas Project* como gigantesca empresa de la antropología norteamericana en México, Korsbaek nos recuerda que fue, incluso, algo más que un proyecto de la Universidad de Harvard, puesto que involucró al Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences de Palo Alto en California, del cual procedía el propio Vogt antes de recalar en Harvard. Tiene mucho interés para nosotros la descripción *a posteriori* que hace Vogt del proyecto, cuando dice que generó cerca de 800 trabajos, correspondientes a monografías y artículos, aparte de seminarios, simposios, congresos y otros eventos. No es extraño que Leif Korsbaek hable del *Harvard Chiapas Project* como «el bastión más fuerte y duradero del culturalismo extremo, aún durante los años de dominación de la teoría marxista en la antropología mexicana».

Harvard Chiapas Project fue, además, una empresa profundamente innovadora. Vogt ponía todo su interés en la preparación de los estudiantes antes de iniciarse en el trabajo de campo etnográfico, para lo cual estos últimos recibían instrucción en las lenguas indígenas de las culturas que iban a estudiar. Los estudiantes también adquirían una sólida preparación previa a los temas en que se iban a especializar. Una vez en Chiapas, eran muy habituales los seminarios «de campo», en los cuales se presentaban los trabajos de los profesores y los estudiantes, para que los autores fueran sometidos a la crítica del resto de los asistentes. El proyecto fue, asimismo, muy innovador en la elaboración teórica, al converger sus investigadores en la idea de que Chiapas era una cultura compleja, fruto de sucesivas herencias históricas, entre las cuales se hallaba la colonizadora. Esta idea está muy presente en algunos de los excelentes discípulos que se forjaron en el proyecto, tales como Gary Gossen, Victoria Bricker, Robert Wasserstrom y otros. Justamente, de este asunto trata el primero de los artículos recogidos en este número y firmado por José Luis Escalona.

A propósito, uno de los temas más recurrentes de la antropología mexicana durante tiempo ha sido el de los *sistemas de cofradía* o, si se quiere, el del *típico sistema de cargos*, en alusión a uno de los aspectos culturales que más han llamado la atención de los investigadores norteamericanos y mexicanos. Zinacantán se convirtió durante décadas, y aún no

se ha olvidado, en el epicentro de los sistemas religiosos, sociales y festivos *de cofradía*. Precisamente, Vogt le prestó una singular atención tanto a la costumbre como al ritual que envuelve a la misma, igual que algunos de sus discípulos, pero muy especialmente Frank Cancian, que queda fuera del análisis de José Luis Escalona. De acuerdo con la teoría acuñada por Jan Rus y Robert Wasserstrom, la costumbre que se conserva en torno a las fiestas patronales de esta parte de México fue el resultado de una convergencia histórica de tradiciones culturales, a la que se sobrepusieron las reformas decimonónicas, de corte liberal, de la República mexicana.

Aún podríamos decir que también Leif Korsbaek se sintió atraído por la cultura chiapaneca, y que, concretamente, al *típico sistema de cargos (sistema de cofradía)* ha dedicado este investigador una gran parte de su producción científica desde los años ochenta del siglo XX. Hoy sabemos que, aunque los *sistemas de cofradía* gozan de una gran vitalidad en el área chiapaneca, se hallan esparcidos por todo el territorio mexicano, por una gran parte de Centroamérica y que, incluso, son conocidos en el área andina. La razón de una difusión tan extraordinaria, a buen seguro hay que buscarla en la tradición colonial que actuó sobre el sustrato indígena, generando una extraordinaria variedad de tipos de *sistemas de cofradía*. No en vano, las cofradías, con sus propias peculiaridades, son parte indisoluble de la cultura española actual.

El texto de José Luis Escalona indaga en el *Harvard Chiapas Project* y, sobre todo, en los extraordinarios resultados del mismo, gracias al papel que jugaría en el mismo la sobresaliente figura de Evon Vogt, la cual iluminará una buena parte de la antropología norteamericana de la época y de los años posteriores. El examen poliédrico de la sociedad chiapaneca llevado a cabo por Vogt y sus discípulos, reflejado en un sinnúmero de pacientes etnografías en las cuales se conjugan las categorías de *historia* y *tiempo*, al socaire de la evolución que se produce en la antropología de la segunda mitad del siglo XX, sirve al autor del artículo para establecer productivas analogías que resultan imprescindibles para entender la antropología pasada y la presente, de suerte que Chiapas es el marco permanente del detenido análisis que realiza nuestro autor.

Tras este primer artículo inicia el monográfico «Antropologías del placer y del deseo: aportaciones desde una etnografía corporal y feminista», coordinado por Laura Muelas de Ayala y Miren Guilló. Con el monográfico, nuestra revista sigue contribuyendo a los debates contemporáneos sobre la antropología del género y su diálogo con otros campos como las identidades, los procesos de cambio social y político, los movimientos sociales, la salud-enfermedad y las prácticas de exclusión, discriminación y «otricación» de sujetos minoritizados.

El monográfico se compone de un texto introductorio de las propias coordinadoras y de seis artículos producto de investigaciones etnográficas sumamente novedosas. En su introducción «De chaparrones, piscinas y mares: juntas sobre el placer y antropología», Miren Guilló y Laura Muelas de Ayala exponen la genealogía del monográfico, gestado entre 2017 y 2021 a lo largo de varios congresos, paneles y encuentros como una original e ingeniosa confluencia entre las antropologías feministas, los activismos LGBTI+ y las etnografías corporeizadas. Guilló y Muelas aprovechan los intersticios de estos aún novedosos campos antropológicos y etnográficos para generar y/o impulsar investigaciones que no cosifican u objetivan el placer y el cuerpo como una variable más, sino que aprovechan el placer como «un articulador de otro tipo de prácticas sociales» que le otorgan agencia al cuerpo. Este cuerpo que produce y siente placer es siempre concebido como público y privado, a la vez, como goce íntimo y simultáneamente como *performance* extrovertido, provocador y transformador.

Para el monográfico, Guilló y Muelas reúnen trabajos que analizan estas confluencias corporal-emocionales desde métodos clásicos de observación participante, pero igualmente incorporando procedimientos auto-etnográficos, performativos y de etnografía afectiva. Las resultantes antropologías del placer y del deseo abarcan el deseo sexual, el *sexting*, la intimidad del susurro, las fiestas y sus expresiones orales y poéticas de los placeres, las luchas feministas y de las disidencias sexuales en torno al empoderamiento de los cuerpos subalternizados, así como los procesos organizativos de creación de comunidades feministas y lesbianas a partir de la reciprocidad, la complicidad y la amistad. En su dimensión diacrónica, estas luchas compartidas generan memoria colectiva, una memoria que se materializa en «archivos» de experiencias, vivencias y corporeidades.

En el primer artículo del monográfico, Laura Muelas de Ayala analiza en «Prácticas feministas del placer: (re) configuraciones para el cambio social y el activismo» aquellas prácticas feministas del placer que van más allá del deseo o placer sexual y que son, a la vez, corporales y políticas. Partiendo de cinco años de trabajo de campo doctoral sobre fiestas, charlas, movilizaciones y otros eventos del movimiento feminista autónomo en Euskadi, la autora define y distingue el *placer* de la *felicidad* para identificar los cruces entre placeres y militancias. En continuo y estrecho diálogo con las antropologías feministas y de género ya clásicas, Muelas identifica prácticas específicas y espacios concretos de placer, vivibles y vividos como «cuerpo político feminista». Concluye enfatizando el «carácter transformador» e intrínsecamente político que adquiere «el poder subversivo del placer», expresado de manera performativa en las fiestas feministas aquí etnografiadas.

Miren Guilló Arakistain, por su parte, problematiza en «Placer, agencia y menstruación: subversión y conocimientos colectivos para la transformación social» las políticas corporales hegemónicas que patologizan y medicalizan el ciclo menstrual, una problematización que logra a través de un estudio etnográfico que explora prácticas alternativas de autoapropiaciones del cuerpo menstruante que generan placer. La autora analiza estas prácticas como estrategias estéticas y sensoriales que son, a la vez, placenteras y políticamente subversivas, por lo cual resultan potencialmente transformadoras de un sistema social heterosexual profundamente injusto y desigual.

En el tercer artículo del monográfico, titulado «La Kantujira de Donostia: el placer de cantar en grupo en la calle como identidad cultural y forma lúdica de resistencia», Mari Luz Esteban describe cómo un grupo de personas se reúne periódicamente en el casco antiguo de Donostia, en el País Vasco, para juntas interpretar canciones populares en euskera. Analiza estos eventos como «forma lúdica de resistencia», de reivindicación lingüística y de protesta, pero los interpreta también como expresiones públicas de un placer compartido, el placer sonoro de cantar juntas en la calle, un cantar del que surge una nueva identidad. Finalmente, estas expresiones son interpretadas en relación con el género y a la edad de las y los participantes en la Kantujira.

El monográfico continúa aportando ejemplos de las dimensiones acústicas y sonoras de la antropología de los placeres. Pasamos en el cuarto artículo de la relación entre canto y placer a la relación entre susurro y placer. Inma Hurtado-García, en «El placer en el susurro: los afectos sonoros del cuerpo», etnografía las experiencias de personas que escuchan *Autonomous Sensory Meridian Response* (ASMR), hormigueos y susurros suaves que son promovidos por un recurso audiovisual de tipo virtual que desencadena una especie de «sensibilidad asistida» para proporcionar placeres auditivos y cutáneos. La autora identifica un potencial contrahegemónico en el susurro, dado que genera un placer íntimo y transgresor frente a la imposición dominante de la voz y su usual sobrevaloración de los contenidos verbales de la dimensión auditiva.

Luis Puche Cabezas contribuye con «Itinerarios de conciliación corporal a través de la sexualidad y el placer: un análisis de narrativas de jóvenes trans» los resultados de una etnografía de largo alcance realizada sobre infancias y juventudes trans en el Estado español. Reconociendo el peso del modelo quirúrgico hegemónico, que frecuentemente ejerce violencia y acaba desencadenando malestar y disforia entre las personas trans, el autor analiza las narrativas de jóvenes trans como itinerarios innovadores de autodescubrimiento como «cuerpos deseantes, deseables

y deseados», un placer que genera un empoderamiento psicológico que es capaz de contribuir a la transformación social y al cuestionamiento de la heteronormatividad y de la masculinidad hegemónica.

Por último, María Zapata Hidalgo se deslinda en «El placer y el deseo en la recuperación de las depresiones: la erótica como fuerza vital» de aquellos estudios de procesos de recuperación de una depresión que parten del paradigma biomédico imperante en los tratamientos psicológicos, neurológicos o psiquiátricos de la depresión. Como alternativa, la autora enfatiza el papel positivo que en procesos de recuperación de una depresión juegan la erótica, el goce y el placer —un placer que funge como gozne entre la vida y la muerte, que reconoce las cicatrices que deja la depresión, pero que permite «gozar vivir»—.

Como de costumbre, nuestro actual número cierra con varias reseñas. La primera de ellas está en clara sintonía con la temática de nuestro monográfico. Óscar Barrio Formoso nos presenta el libro *Malestamos: cuando estar mal es un problema colectivo*, un estudio médico-psicológico sobre malestares que se perciben individualmente, pero que confluyen de forma colectiva en la sociedad. Estos malestares de tipo psicológico son aquí reinterpretados por Barrio Formoso en clave antropológica para resaltar —frente a las tendencias hegemónicas de individualización y patologización— el potencial movilizador y transformador del malestar, cuando deja de ser percibido de forma aislada y fragmentada para convertirse en un «malestamos» colectivo.

En segundo lugar, Rubén Corchete Martínez reseña el libro *Demonios de papel: diarios desde un archivo de la represión franquista*, de Alfonso M. Villalta Luna. Se trata de una etnografía de uno de los más lúgubres «lugares de memoria» del franquismo español, el Archivo General e Histórico de Defensa, el cual es estudiado no como un depósito documental de objetos, sino como una institución viva cuyos actores pretenden formar parte de un «sistema-experto». A través de la observación participante surge una etnografía multi-actoral que es contextualizada en el marco más amplio del movimiento de recuperación de la memoria de las víctimas del franquismo.

La tercera reseña, escrita por Javier Rodríguez Mir, está dedicada al libro *Olualê Kossola. As palavras do último homem negro escravizado*, en el cual la antropóloga Zora Neale Hurston reconstruye a través de los relatos autobiográficos y familiares de Olualê Kossola la historia de la compra de esclavos y del viaje transatlántico. Destaca Rodríguez Mir el proceso de publicación de este libro, cuya versión original en inglés fue redactada hace casi noventa años, pero que no logró ser publicada por el racismo imperante en la sociedad estadounidense de la época. La traduc-

ción al portugués aquí reseñada incluye una introducción histórica al proceso de creación, de rechazo y de recuperación del manuscrito original, que avanza nuestro conocimiento, sobre todo acerca de las condiciones de esclavización en las regiones de origen de las personas víctimas de la esclavitud transatlántica.

En cuarto lugar, el libro *Migrantes*, de Alejandro Reig y Roger Norum, es reseñado por Luis González Alvo, quien resalta el carácter difusor y divulgador que los autores le dan a su publicación. El libro logra resumir el estado del conocimiento antropológico e historiográfico sobre las migraciones y movilidades humanas a escala planetaria. Posteriormente detallan y ejemplifican las implicaciones de la creciente movilidad humana para la gestión política, económica y social de las migraciones, así como para el surgimiento de nuevos regímenes de ciudadanía, de participación y de inclusión-exclusión.

La última de las reseñas del presente número está firmada por Eloy Gómez Pellón, y la misma se ocupa del libro del profesor Mairal Buil titulado *Historia cultural del riesgo. Imaginar el futuro antes de la modernidad*. Se trata de un periplo apasionante por un concepto, que es el de *riesgo*, nacido al calor de la teología islámica que, tras recalcar en el siglo XII en el derecho, la filosofía y otros ámbitos de las culturas románicas y germánicas, se carga de fuerza en las centurias siguientes merced a su sorprendente potencia para realizar previsiones acerca de lo contingente. Finalmente, será el pensamiento racionalista del siglo XVIII el que eleve el concepto de *riesgo* a cotas aún más altas, dando pábulo a su éxito posterior entre todas las ciencias modernas.

Concluimos aprovechando para agradecer a todas y todos los autores y revisores por sus contribuciones para hacer posible la edición de este nuevo número de AIBR. Esperemos que los trabajos aquí presentados sigan impulsando los debates sobre la antropología, una antropología que concebimos como comprometida con las culturas contemporáneas y como implicada en las problemáticas más acuciantes y desafiantes de nuestras sociedades, contribuyendo nuestro «granito de arena» para transformar sus persistentes conflictos, desigualdades e injusticias.

Referencias

- Boehm, B. (2005). Buscando hacer ciencia social. La antropología y la ecología cultural. *Relaciones*, 102(XXVI): 63-128.
- Cancian, F. (1972). *Change and Uncertainty in a Peasant Economy: The Maya Corn Farmers of Zinacantan*. Stanford: Stanford University Press.

- Escalona Victoria, J.L. (2012). Perspectivas etnográficas en Chiapas, México desde una antropología del poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 74(4): 533-560.
- Gómez-Pellón, E. (2016). El sistema de cargos en Mesoamérica: de fundación eclesiástica a institución político-religiosa. *Revista Española de Antropología Americana*, 46(1): 49-70.
- Gómez-Pellón, E. (2010). *Tierra, trabajo y conflicto en el campesinado*. Santander: Universidad de Cantabria.
- Rus, J. y Wasserstrom, R. (1980). Civil-Religious Hierarchies in Central Chiapas: A Critical Perspective. *American Ethnologist*, 7(3): 466-478.
- Korsbaeck, L. (1995) *Introducción al sistema de cargos*. Toluca: Escuela de Antropología, UAEM.
- Korsbaek, L. (1990) La religión y la política de cargos: una comparación de tres comunidades mayas en los Altos de Chiapas. *Cuicuilco*, 23-24: 115-129.
- Redfield, R. (1941). *The Folk Culture of Yucatan*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Steward, J. (1955). *Theory of Culture Change, the Methodology of Multilinear Evolution*. Urbana: University of Illinois.
- Tax, S. (1964). *El capitalismo del centavo: una economía indígena de Guatemala, Volumen 1*. Guatemala: Ministerio de Educación Pública.
- Tax, S. (1952). *Heritage of Conquest: The Ethnology of Middle America*. Glencoe: The Free Press.
- Vogt, E.Z. (1979). The Harvard Chiapas Project: 1957-1975. En *Long-Term Field Research in Social Anthropology*. G.M. Foster, T. Scudder, E. Colson y R.V. Kemper, Eds. New York: Academic Press.
- Wasserstrom, R. (1989) [1983]. *Clase y sociedad en el centro de Chiapas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wolf, E. (1955). Types of Latin American Peasantry: A Preliminary Discussion. *American Anthropologist*, 57(3): 452-471.

Eloy Gómez-Pellón
Gunther Dietz